

*A la encantadora Antropóloga
Mildred del Príncipe que le dedica*

HECTOR VELARDE

Quito, Feb. 1971

**LA CIVILIZACION DEL TEJIDO Y LA
CIVILIZACION SIN RUEDA**

Separata de SCIENTIA ET PRAXIS

1971

HECTOR VELARDE

LA CIVILIZACION DEL TEJIDO Y LA CIVILIZACION SIN RUEDA

LA CIVILIZACION DEL TEJIDO

Definir la civilización europea como la civilización del trigo, la asiática como la civilización del arroz y la americana como la civilización del maíz, como lo ha establecido un alemán célebre, es definir las civilizaciones por lo que han comido. No siempre una misma comida determina un tipo de digestión. Nosotros vamos a definir las civilizaciones por lo que han hecho con mayor originalidad e insistencia. Nos parece, más directo, instructivo y recreativo.

Ejemplos:

¿Qué hicieron los chinos de característico? Fuego, fogatas, cohetes, pólvora y porcelana al horno.

¿Qué hicieron los europeos de característico? Girar ruedas, mover palancas, levantar pesos con poleas, estirar resortes, meter tornillos y fabricar péndulos.

¿Qué hicieron los antiguos peruanos de característico? Tejer. Sí, señor, tejer. Es la civilización del tejido. Una extraordinaria civilización de tejedores. Todo lo tejían y todo estaba envuelto por el espíritu del tejido. Tejían las velas y los cascos de sus barcos, tejían los puentes de sus caminos; la ornamentación íntegra de su arquitectura y de sus utensilios fue ornamentación de tejido; los relieves de muros y pinturas de huacos tienen ritmo y punto de bordado; la tierra la labraban como quien teje una inmensa alfombra; la música era el hilván de purísi-

mas notas en el tejido infinito del espacio; la danza era un continuo y rítmico tejido de tejidos; se escribía tejiendo, se contaba tejiendo; las leyes y los poemas se hacían con tejidos; la ropa era abundantísima, los alfileres eran imponentes, tenían por cabeza discos de oro y abanicos de plata; el poncho era el hombre y cada mujer era un copo de lana de colores; el arma principal era un tejido que lanzaba piedras, los techos de las casas se tejían, los muros se cubrían de telas, las piedras bombeadas, suaves y apretadas de sus fortalezas eran como los nudos de un gigantesco tejido de crochet; las huacas eran sepulturas de tejidos; tenían la paciencia y la filosofía del que teje y tejieron los tejidos más intensos y originales del mundo porque salieron, puros y directos, del tejido mismo de la naturaleza...

Civilización de tejedores, honda y tierna como una espesa y enorme tapicería.

Esto es mejor que definirnos como comedores de maíz.

LA CIVILIZACION SIN RUEDA

¿Y cómo fue el accidente?

—Nada, subíamos por uno de los sitios más altos de la sierra cuando se salió una de las ruedas traseras y el auto se precipitó en el barranco. Todos murieron menos yo...

—¿Y a dónde fue Ud. a parar?

—Trepé y me descolgué todo el día por entre andenes incaicos de cultivo hasta que, por la noche vi una lucecita. Una choza. Ahí me quedé tres meses, encantado, tuve mucha suerte...

Y el gringo Pitt, a quien se le había dado por desaparecido en el accidente N° 48 de Punta del Viudo, me contó lo siguiente:

.....
De la choza salió una cholita muy bonita que se preguntó en perfecto español:

—¿Ud. quién es?

—Yo soy Pitt de la Eternit Pencilpoint Coconut Chingching Mining Company.

—Espérese Ud.

La cholita entró en la choza. Luego salió y me dijo:

—Mi tío quiere saber si es Ud. blanquito.

—Dígale que soy griego.

—Dice que pase.

Me encuentre frente a un indio viejo y solemne que, sabiéndome heleno, no me tuvo la menor desconfianza.

—Esta es mi sobrinita, hija de gallega y de mi hermano Canchi que se ahogó en un huaico. Yo soy Pichán, el médico de la comarca, el brujo como dicen los ignorantes... Por el golpe que tienes en la tutuma has debido llegar aquí gracias a la civilización de la rueda. Los griegos la emplearon con medida pero después han abusado mucho de ella...

—Doctor, si ustedes hubiesen conocido la rueda hubieran avanzado mucho más.

—¿Avanzado, dónde? ¿Luego, tú también eres de los que creen que nosotros no conocimos la rueda...?

—Así me lo aseguraron en la Universidad de Prinquanton.

—Ah, estos universitarios..., exclamó Pichán. Has de saber que la rueda la hemos conocido nosotros como la ha conocido cualquiera, lo que pasa es que no la hemos aplicado sino en muy pequeña escala, primero, porque no era necesaria y, segundo, porque es muy peligrosa...

—¿Ustedes, realmente, conocieron la rueda?

—Pero claro. Tuvimos, eso sí, la prudencia que tú no tuviste, de no hacerla rodar por estas alturas. La utilizábamos horizontalmente en el trazo de círculos, en la fábrica de discos líticos, en los tornos de nuestra cerámica, en la construcción de nuestras torres cilíndricas, muy rara vez, y con muchas precauciones, nos servía de rodillo...

—¿Y por qué le tenían tanto temor a la rueda?

—Porque rueda..., me contestó Pichán con humorismo inglés. Nuestra naturaleza es contraria a la rueda. Las cosas se aplican cuando realmente sirven. La rueda, el carro, el cochecito, nos era perfectamente inútil, impracticable en estas maravillosas regiones del escalonamiento, de los zig-zag, de los andenes, de los picos, de las quebradas, de las subidas y de las bajadas. ¿Para qué? ¿Luego, con qué íbamos a halar los carros y los cochecitos? ¿Con la llama? No. La llama no es animal de tiro y, felizmente, no tuvimos caballos ni burros, ni, por consiguiente, mulas, lo que hubiera complicado las cosas. En cuanto a tener carros y cochecitos para empujarlos uno mismo en las subidas o contenerlos en las bajadas, me parece que no era una solución que nos diera mucha felicidad. Aquí el hombre actúa constantemente en planos inclinados, lo que sirve es el escalón, la rueda y la Carabina de Ambrosio es lo mismo... Por último, no conviene nunca contrariar la naturaleza de las cosas, la rueda hubiera roto nuestra armonía con la tierra, la rueda nos hubiera impedido crear nuestra civilización apacible, mística, contemplativa y feliz... Estaríamos como están ustedes.

—¿Y cómo estamos nosotros?

—Reventados. En cuanto principiaron ustedes con la carpintería, que dicho sea de paso a nosotros nunca nos ilusionó, la suerte de Occidente estaba echada. La carpintería fue la liberación misma de la rueda. Esto los llevó demasiado lejos. No te digo nada de las cuadrigas y de las poleas... Ah, la rueda le ha causado mucho daño a la humanidad. Fíjate en todos los inconvenientes que provienen de ella...

Yo ahí mismito pensé en las llantas.

—Sí ya las curvas son un gran peligro, ¡cómo serán las ruedas!, dijo suspirando Pichán.

—Sí, pues, le contesté, Adán se perdió a fuerza de curvas. Primero la culebra, después la manzana y, por último la mujer..

—La cholita me sonrió tímidamente.

—Tiene usted razón, le dije con entusiasmo a Pichán, los egipcios, que sabían mucho, apenas usaron las curvas, luego los griegos fueron muy prudentes con el arco, sólo lo emplearon en cloacas y en algunos puentes, en cosas de pura utilidad; nunca en formas estables, eternas.

—Claro, replicó, lo redondo es lo que corre y lo que corre solo, si no se le detiene es la ruina. Si la moneda en lugar de ser redonda fuese cuadrada los hombres serían mucho más honrados. La Rueda de la Fortuna ha sido la más nefasta de todas las ruedas. Si los españoles emplean la rueda no nos conquistan. El dominio del hombre sobre la rueda llegó a su apogeo cuando se subió en una bicicleta. ¿Tú me ves a mí en bicicleta por estos andenes?

—Imposible... ¿Pero, y el progreso?

—¿En qué consiste?

—En hacer máquinas con ruedas para que el hombre no trabaje.

—¡Qué hubiera sido de nosotros!, exclamó Pichán. ¡Qué hubieran hecho los 20 millones de indios que cultivaron amorosamente todo el Imperio! ¡Qué desorden! ¡Qué horror! Ah, la rueda, la rueda, qué calamidad, llegar gracias a ella a estremecer la buena tierra con la monstruosa fatalidad de la oruga, llegar a eso... ¿Y para qué? Para que los mismos inventores de la rueda se hagan papilla con ella.

—Ja, ja, ja, se rió la sobrinita.

—Sí, pues, murmuré yo, Hitler sin rueda no hubiera existido...

—¿Quién es ese?, preguntó Pichán.

—Un bárbaro.

—¿De qué tribu?

—De la suya.

—De la tuya, querrás decir...

—No se exalten, dijo la cholita, mi tío es algo nervioso.

—Sorry.

.....
—Bueno, Mister Pitt, y ¿cómo terminó su aventura?

—No terminó. Ahí me quedé tres meses, me curaron con hierbas mágicas y la sobrinita me enseñó a tejer. Mañana me voy. Allá paso todos los week-ends tejiendo...

BIRAMZ
01567

